

He creído que este escrito puede servir a la divina honra, mostrando las dádivas que el Señor otorga a sus humildes servidores; ser útil a los prójimos, al proponerles grandes ejemplos que imitar, y que es un homenaje de justicia a un varón eminente, gloria de su familia, de su ciudad natal, de la patria y de la Compañía de Jesús. Con ello he pretendido pagar una mínima parte de una deuda de afecto y gratitud al mejor amigo de Ricardo Carrasquilla; a aquel *Mario*, a quien aprendí a querer desde la cuna, antes de conocerlo; al que me sirvió más tarde de guía y de consuelo; al que ocupa en mi corazón el puesto vacío por la muerte de mi padre.

Si el recto y sabio jesuíta llega a leer esta deshilvanada introducción, pensará que hay en ella muchos errores, indiscreciones y conjeturas temerarias. Le ruego que me perdone y atribuya los yerros, no a mala voluntad, sino a ignorancia y presunción del autor. Si así me juzga, no se apartará un punto de la verdad.

R. M. CARRASQUILLA

Bogotá, octubre, 1921.

---

## FRANCISCO VERGARA BARROS (1)

VAE SOLIS

Las letras colombianas están de duelo, porque uno de los últimos representantes de los estudios clásicos se alejó de entre nosotros para siempre, cuando menos lo esperábamos. La desaparición de don Francisco Vergara Barros es una gran pérdida para Colombia. Vivi-

(1) Falleció en Bogotá, el 13 de diciembre pasado. Fue colegial de número, doctor en filosofía y letras y secretario del Colegio, que lo contaba entre sus hijos más ilustres y a quien profesó siempre el más acendrado cariño. Una de sus últimas voluntades fue la de que sus exequias se celebraran en la capilla de la Bordadita. Monseñor Carrasquilla ha perdido uno de sus más fieles y mejores amigos.—N. DE LA R.

mos en una época de extraordinario mercantilismo, y por eso echaremos con dolor de menos a estos hombres enamorados de más altos y nobles anhelos que el de los meros intereses materiales de la vida. Colombia se ha distinguido por tres caracteres que forman como los rasgos primordiales de su fisonomía: su acendradísimo espíritu religioso, su amor a la República y a la Patria y su culto constante de las bellas letras. La vigorosa y enérgica fe de nuestros mayores se mantiene viva y ardiente, a pesar de los embates que le hacen de consuno la política y la filosofía positivista, y sería una desgracia para la República que nuestras creencias dejaran de ser la norma y cifra de nuestras costumbres, porque a ellas les debemos el espíritu *sine qua non* de nuestras instituciones.

Y si del amor a la Patria y a la República habláramos, muchas brillantes páginas pudiéramos escribir para demostrar que no hay en el mundo pueblo más celoso y solícito de sus prerrogativas y derechos, ni nación en que la libertad reciba más puro, constante y ardoroso culto.

Las letras fueron un tiempo en Colombia el pan del espíritu nacional, y los poetas y humanistas fueron huéspedes de honor en todos los círculos sociales, y a par el gobierno y el público se empeñaban en tributarles espontáneos honores. El agio, la usura, la codicia, que lo van invadiendo todo, como poderosa avalancha, están destruyendo en la República el culto de las bellas disciplinas, y podemos decir que las letras se van.

La muerte de Vergara Barros, uno de los últimos cultivadores de las letras latinas, es, como ya lo dijimos, un verdadero infortunio. Durante treinta años se dedicó a su versión de Horacio al castellano, con un ardor que no declinó jamás. Había publicado el primer

tomo de sus traducciones, y estaba para dar a luz el segundo, sobre el cual laborámos nosotros un detenido estudio que apareció publicado en la REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO. Había emprendido también la versión de las sátiras y epístolas del Venusino, y esa tarea lo alentaba y regocijaba en las múltiples ocupaciones a que había dedicado sus lucidas y vigorosas facultades. Por desgracia la muerte lo sorprendió cuando esperaba con razón los laureles del triunfo y todo le sonreía en el hermoso hogar donde hoy lloran sin consuelo una viuda y dos niñas.

LUIS MARIA MORA

---

ODA V

A PIRRA

*Quis multa gracilis te puer in rosa.*

¿Qué tierno niño entre abundantes rosas,  
 Con suave unguento la cabeza ungida,  
 En deliciosa gruta  
 Te estrecha, hermosa Pirra?  
 ¿Por quién, sencilla en el vestir, enlazas  
 La rubia cabellera? ¡Ay! cuando él gima  
 Por sus dioses cambiados  
 Y por tu fe ya extinta!  
 Y mire, cuando alegre juzgue hallarte,  
 La mar por negro viento enfurecida,  
 Sin sospechar siquiera  
 Del aura la perfidia!  
 Misero aquel a quien tu brillo ofusque!  
 Ya yo a Neptuno, como ofrenda digna,  
 Colgué mojada veste  
 En la tabla votiva.